

# Patria y patriotismo en los Episodios Nacionales de Galdós

Por JOSÉ SCHRAIBMAN

*Universidad de Princeton*

La célebre cita de Pacuvio "Patria est, ubique est bene" atestigua por su vaguedad y amplia aplicabilidad las mutaciones que ha sufrido el concepto *patria* en el transcurso histórico. Etimológicamente la palabra *patria* viene de *pater* y en el sentido de "tierra de los padres" aparece en español en el siglo XV.<sup>1</sup> Esto es *patria* en el sentido del francés *pays*, el pueblo, la región donde uno nace y se cría, donde tiene a sus padres, a sus parientes. El vocablo francés *patric* expresa, como sabemos, otro sentido —el de nación, comunidad nacional, el *homeland* inglés, o el *Vaterland* alemán— que brota de las ideas engendradas mayormente en el siglo XVIII y que culminan en la revolución francesa. *Patria* no es ya donde se vive bien, no ya un lugar de origen al cual se siente uno vinculado, sino un concepto basado en el pacto social rousseauiano que representa, no una región particular, sino el conjunto de las regiones y pueblos de una *nación*, siendo ésta el resultado de un proceso histórico, síntesis de unidades político-culturales como la *gens* o la *polis* griega.

De más estaría mencionar la importancia del nacionalismo en el mundo moderno. En nuestros días hemos visto la difusión de esta creación europea traspasar la órbita de las culturas occidentales y esparcirse por todos los continentes del mundo. Antes de proseguir, cabe preguntarse ¿qué se entiende por nacionalidad? Ciertamente no es un pueblo compuesto por una raza biológica, ya que todos los pueblos están formados por un conjunto de razas mezcladas; tampoco es la geografía el elemento determinante en sí; y aunque la lengua es un factor de primer orden, aún aquí se encuentran diferencias dialectales y, más aún, diferentes lenguas en una misma entidad nacional, como en Suiza por ejemplo.

Según Carlton Hayes las *tradiciones históricas* constituyen la nacionalidad y sirven para distinguir una nación de otra. Estas tradiciones pueden ser de diversos tipos:

---

<sup>1</sup> Martíu Alonso, *Enciclopedia del idioma*. Madrid: Aguilar, 1958. III, 3177; también Juan Corominas, *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1954. III, 607.

1. el pasado religioso, que ejerce influencia sobre las costumbres sociales, los hábitos e influye en su literatura.
2. el territorio ancestral, con el apego sentimental que produce el saber que en esa tierra yacen los antepasados de uno.
3. el pasado político, su evolución, las influencias que haya tenido sobre otros pueblos, la naturaleza de su gobierno tradicional —monárquico o republicano, absolutista o constitucional.
4. el pasado militar, el sentido de unificación de un pueblo, ya sea por sus conquistas o por sus derrotas.
5. el pasado económico, sea agrícola, comercial o industrial, país desarrollado o subdesarrollado.
6. el pasado cultural, con su producción literaria, musical, artística o arquitectónica.

Y a todo esto habría que añadir el *sentimiento patriótico* que sólo por un proceso educativo supera el amor instintivo a una región limitada y se aplica a la nación entera. En este sentido el patriotismo implica el amor a una parte de la humanidad más que a otra, y a ello se opone el humanitarismo o el internacionalismo.<sup>2</sup>

En esta nota nos proponemos esbozar los conceptos de *patria* y *patriotismo* que se encuentran en los Episodios Nacionales a medida que Galdós cuenta la historia de España desde 1805 a 1879. Es conveniente recordar que Galdós escribe sus Episodios entre 1873 y 1912. Cuando empieza en 1873 hace tan sólo unos años que la última gran revolución liberal del siglo, la de 1868, ha tenido lugar. Esta ha seguido a las de los años 1810, 1820 y 1834. En febrero de 1873 se proclama la República que apenas dura un año; es seguida de un período de guerra civil que acaba con la Restauración bajo Alfonso XII en enero de 1875. Ya se respira en esta época el pesimismo que apunta Tierno Galván como característico de la última mitad del siglo XIX en España.<sup>3</sup> Ahora bien, comprendamos el problema del novelista que se apoya en la historia al remontarse en sus escritos a una época pasada. Con conocimientos y una sensibilidad histórica posteriores ha de tratar de pintar fidedignamente hechos anteriores. Por eso en la amplia gama de los Episodios se pasa del optimismo doceañista de Cádiz al pesimismo que caracteriza la Restauración. En 1810 casi no había burguesía en España

<sup>2</sup> Carlton J. H. Hayes, *Nationalism: A Religion*, New York: The Macmillan Co., 1960, págs. 2-10; véase asimismo el excelente libro de Hans Kohn, *The Idea of Nationalism: A Study in its Origins and Background*, New York: The Macmillan Co., 1960; y *Nation and Nationalität*, Gottfried Salomon, ed. Karlsruhe: Verlag G. Braun, 1927.

<sup>3</sup> Enrique Tierno Galván, *Costa y el regeneracionismo*. Barcelona: Barna, 1961. Nótese las alusiones a Galdós en las págs. 8, 25, 45 y 46.

También véase el artículo de Vicente Lloréns, "De la elegía a la sátira patriótica," *Homenaje a Dámaso Alonso*, Tomo II, Madrid: Gredos, 1961, págs. 413-422 donde se estudian lúcidamente los cambios en la concepción de la patria en la época que va de Quirrana a Latza y donde se va notando la creciente desilusión que caracteriza el período que sigue a 1808.

mientras que ya para 1870 existen una burguesía y un proletariado.<sup>4</sup> También para esta fecha ya la patria se ha visto ensangrentada por luchas internas, ha perdido casi todas sus colonias, pelea desde 1868 con renovado vigor contra los levantamientos en Cuba, y está por entrar en un largo período al cual Galdós luego pondrá la rúbrica de *tiempos bobos*.<sup>5</sup>

En *Trafalgar*<sup>6</sup> Gabriel Araceli inicia su relato autobiográfico de lo que ha vivido entre 1805 y 1834.

Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aun haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria! En cambio, yo aún puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruín escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día. (I, 208).

Galdós describe minuciosa y gráficamente la alineación de los barcos en la batalla naval de Trafalgar dando la nueva concepción de patria que nace en el corazón de Araceli.

Pero el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una tierra inmensa poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación a generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue

<sup>4</sup> En enero de 1870 empieza a publicarse en Madrid *La Solidaridad*, periódico de la Internacional, y el 19 de junio del mismo año tiene lugar en Barcelona el primer congreso obrero español y la adhesión a la Primera Internacional.

<sup>5</sup> En relación con esto véase, Miguel Enguídanos, "Maricello, musa galdosiana," *Papeles de San Armandani*, XXI, no. 63 (junio 1961), págs. 235-49, donde, basándose en la última serie de los Episodios Nacionales subraya el acento de la contemporaneidad de la visión política de Galdós.

<sup>6</sup> Todas las citas textuales se refieren a la edición de las *Obras completas*. Madrid: Aguilar: I, 1950; II, 1958; III, 1951.

nunca el eco de los cuentos con que los abuelos amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara.

Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia o con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado. Parecíame, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer, me acordé de todos los españoles, a quienes consideraba asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, a quien dirigí una oración que no era padrenuestro ni avemaría, sino algo nuevo que a mí se me ocurrió entonces. (I, 341-42).

Bien se pudieran entresacar del texto citado las categorías de Hayes vistas más arriba. Y Gabriel se llena de orgullo por las hazañas militares de su patria contra los extranjeros. A esto sigue la idea nueva del pacto que hace de todos los españoles hermanos, el concepto de *liberté, égalité, fraternité* de la revolución francesa. Para Gabriel esto se manifiesta teniendo amor no sólo por la caleta donde ha nacido sino por toda España, por su historia, su religión, sus costumbres; en fin, sus *tradiciones*. Y es, aunque no forme parte de las creencias del propio Galdós, creer ingenuamente que en las cuestiones internacionales son los otros los que no llevan razón y, como en el mundo siempre vence la justicia, los que están destinados a ser derrotados.

Tras la derrota sufrida en Trafalgar Galdós pinta en *La corte de Carlos IV* un ambiente degenerado, el de la duquesa de Alba, donde no entra el patriotismo, donde los nobles cooperan con los franceses, y donde es el pueblo, en este episodio bien representado por Pacorro Chinitas, quien siente y dice: "El francés me gusta, pero allá en su tierra". (I, 449) Y he aquí otra reflexión de Galdós sobre el patriotismo—la bien difundida noción que en tiempos de peligro se unen los ciudadanos de un país, sea cual fuere su clase social, para pelear contra el enemigo común.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Esta misma idea de que la patria no se ha de someter la expone con brío don Santiago Fernando (el Gran Capitán) en *Bailén* (I, 472) donde Aracell describe así los sentimientos del pueblo para con los franceses: "El odio a los franceses no era odio: era un fanatismo de que no he conocido después ningún ejemplo; un sentimiento que ocupaba los corazones por entero, sin dejar hueco para otro alguno, de modo que el amar a los semejantes, el amarse a sí mismo y hasta me atrevo a decir el amar a Dios se adaptaban y sorreían como fenómenos secundarios al gran aborrecimiento que inspiraban los verdugos del pueblo de Madrid." (I 483)

Durante nuestra conversación advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de uno y otro sexo y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente reunidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informu- lados, que no parten de ninguna voz oficial y resuenan de im- proviso en los oídos de un pueblo entero, hablándole el balbu- ciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese rebato glo- rioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos a palpitar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la Historia ejemplos como aquél, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensación colosal, una unidad sin discrepancias de ningún género, y, por tanto, una fuerza irresistible y superior a cuantos obstáculos pueden opo- nerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesión al patriotismo. (I,449)

Es más, dentro mismo de la primera serie, en *Cádiz*, donde se cuenta el desembarco de tropas inglesas para luchar junto a los españoles contra los franceses, Gabriel se encuentra con un inglés cosmopolita, Lord Gray, quien se burla de la idea de la patria alegando que todo país tiene elemen- tos buenos y malos y que en el nivel individual más vale la compenetración entre personas de diversos países.

Yo conceptúo más compatriota mío a cualquier español, italiano, griego o francés que muestre aficiones iguales a las mías, sepa in- terpretar mis sentimientos y corresponder a ellos, que a un inglés áspero, seco y con un alma sorda a todo rumor que no sea el son del oro contra la plata y de la plata contra el cobre. ¿Qué me importa que ese hombre hable mi lengua, si por más que charlemos él y yo no podemos comprendernos? ¿Qué me importa que hayamos nacido en un mismo suelo, quizá en una misma calle, si entre los dos hay distancias más enormes que las que separan un polo de otro? (I, 858).

A esto responde Gabriel, picado en su orgullo y queriendo provocar la cólera en el inglés para lucirse ante las mujeres presentes, con un lugar co- mún que refleja tanto su ciego brío patriótico como su inocencia.

La patria, señor inglés, es la madre común, que lo mismo cría y agasaja al hijo deforme y feo que al hermoso y robusto. Olvidarla es de ingratos; pero menospreciarla en público indica sentimientos quizá peores que la ingratitud. . . Antes que pregonar delante de extranjeros los defectos de mis compatriotas, me arran- caría la lengua. (I. 858).

Ahora bien, a estas exhibiciones de patriotismo hay que añadir otras en las que claramente Galdós deja entrever sus propias opiniones sobre estos asuntos; lo hace por medio de la ironía, el sarcasmo mal velado, la exageración. En *Napolcón en Charmartin*, por ejemplo, aparece de nuevo el Gran Capitán y de manera furibunda y exaltada habla de la honra de la patria y cómo antes de caer en la deshonra, permitiendo la rendición de Madrid, es preferible morir. La respuesta de Gabriel a esto es pragmática:

. . . cuando no se puede triunfar, es una temeridad seguir peleando, y más vale guardar la vida para emplearla con éxito en mejor ocasión. (I, 630).

El vejete responde que la voz de su conciencia que le manda morir es reflejo de la voz de Dios que le manda defender el honor de la patria. Gabriel trata de hacerle ver que ese tipo de muerte segura equivale al suicidio, mas el anciano pone el amor patrio por encima de la muerte haciendo de éste una segunda religión.

No es suicidio, no. La ley ineludible de la patria me ha puesto en un lugar que debo defender, aún a costa de la vida. ¿Que vienen fuerzas superiores? ¡Pues vengan! La patria me manda esperar tranquilo, y la ley me veda el apartar los pies de aquel sitio. ¿No morían los mártires por la religión? Pues la patria es una segunda religión, y antes que faltar a su ley, el hombre debe morir. (I, 630).

Y, efectivamente, el noble viejo muere peleando antes que ceder ante los franceses. Al contarle don Roque este rasgo quijotesco a Gabriel pasa el emperador francés. El narrador da el siguiente juicio, tan sentimental como iluminador, sobre la relatividad de la locura.

Ya no queda nada, sino que con toda su grandeza y poder, el hombre que acaba de pasar no llega, ni con mucho, a la inmensa altura del Gran Capitán. Algunos han dicho que nuestro amigo estaba loco; pero ese que ahí va, ¿está en su sano juicio? (I, 667).

En *El equipaje del rey José* muere con valentía don Fernando Garrote fijos sus últimos pensamientos en Dios, en redimir sus pecados y en hacer ver a su hijo, Salvador Monsalud, su deber hacia la patria y su error en servir a los franceses. Galdós realza el contraste de los sinceros y torturados sentimientos de don Fernando con los del cura, don Aparicio, quien piensa sólo en salvar el pellejo y masculla automáticamente las fórmulas religiosas sin pensar por un momento ni en su significado ni en Dios. Tanto aquí como más tarde, al narrar Baraona la muerte de don Fernando, Galdós, mediante punzante socarronería, se burla de las fórmulas fáciles de patriotismo y de los religiosos (en este caso el canónigo de la Colegiata, el capellán de las monjas

y el secretario de la Inquisición) que se hartan de comer y beber acabando por aplaudir y abrazar al fanático Baraona para quien hay que defender dos cosas que van estrechamente ligadas —patria y religión— mas para quien los que no piensan como él son malos españoles —los *negros*, los que no creen en el *patriotismo cristiano* sino en “esa gárrula palabrería de los que se llaman patriotas en Cádiz y en Madrid”. (I, 1262). A éstos los incluye en su brindis:

A la salud de toda la gente *blanca*; a la salud de la patria libre de franceses y de ideas francesas; a la salud de la religión de nuestros padres, de nuestras santas y morigeradas costumbres, de nuestra inmutable y siempre gloriosa España, que desafía a los siglos y sobre la cual pasan y pasarán los negros innovadores como hojas de otoño que se lleva el viento. (I,1262).

A este fanatismo se contraponen el extremo opuesto, el de Salvador Monsalud, que cree haber comprendido bien a Voltaire y que profesa no creer ni en Jesucristo, ni en la Trinidad, ni en la Virgen María.

¿Qué hombre ilustrado cree hoy semejantes paparruchas? Todo eso lo han inventado los frailes para engañar y dominar al pueblo, embobándole con pantomimas ridículas y prácticas necias. ¡Los frailes! añadió con cierta petulancia—. ¿Hay casta de cerdos más inmunda en todo el orbe? Yo digo que hasta que ahorquen al último Papa con las tripas del último fraile no habrá paz en el mundo. Ellos son los que promueven las guerras, los que hacen estúpidos a los reyes; ellos son los que han levantado a la nación española no por religiosidad, sino porque saben que el deseo de Napoleón es quitarles sus inmensas y mal empleadas riquezas para dárselas a los pobres. (I, 1233).

El genio de Galdós está en representar dramáticamente, en un lenguaje vulgar —en el buen sentido de la palabra— las opuestas posturas vividas ante una situación histórica dada. Lo vivo y lo objetivo de la exposición en estos puntos, sin optar él como autor aparentemente ni por el uno ni por el otro, ha hecho que se le criticase por anticlericalismo, por ateísmo o francmasonismo. La verdad es que por su manera de novelar Galdós hace uso, a propósito, de la ambigüedad y no hace más que *insinuar* (pocas veces diciéndolo abiertamente o repitiéndolo enfáticamente como Balzac) lo que él mismo opina sobre estos asuntos. La timidez de Galdós ha sido suficientemente comentada por sus contemporáneos y harto se nota en la ausencia de ciertos temas de sus obras. De esto se desprende, como veremos mejor más abajo, que como historiador Galdós esté más a sus anchas narrando el pasado distante, porque ahí se ve libre de ser menos historiador y más novelista, más inventor dentro de las verdades morales que hace representar a sus personajes. Por eso se comprende bien que al llegar al fin de la segunda

serie en 1879 jurara Galdós no escribir más episodios. Son muy significativas sus palabras explicando el peligro de usar lo contemporáneo como materia novelable y su apego por lo novelesco.

Los años que siguen al 34 están demasiado cerca, nos tocan, nos co-dean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años a quienes se quiere disecar, porque algo vive en ellos que duele, y salta al ser tocado con escalpelo. Quédese, pues, aquí este largo trabajo, sobre cuya última página (a la cual suplico que me sirva de Evangelio) hago juramento de no abusar de la bondad del público, añadiendo más cuartillas a las 10.000 de que constan los *Episodios Nacionales*. Aquí concluyen definitivamente éstos. Si algún bienintencionado no lo cree así y quiere continuarlos, hechos históricos y curiosidades políticas y sociales en gran número tiene a su disposición. Pero los personajes novelescos, que han quedado vivos en esta dilatadísima jornada, los guardo, como legítima pertenencia mía, y los conservaré para casta de tipos contemporáneos, como verá el lector que no me abandone al abandonar yo para siempre y con entera resolución el llamado *género histórico*. (II, 317-18).

Pasemos a ver ahora qué representa para Galdós la Historia. En *Bailén*, don Luis Santorcas, conocedor de las ideas de *la Enciclopedia* y afrancesado, habla sobre las juntas secretas españolas con amigos suyos de las clases humildes. Se burla de los títulos de nobleza, de los mayorazgos, y sugiere que los españoles se dejen enseñar por los franceses que en estos asuntos saben más que ellos. Conuerdan todos que en España hay males que se deben eliminar pero que para ello se bastan los españoles sin ayuda transpirenáica; es verdad, admiten, que el rey no se interesa mucho en ciertas reformas que no le convienen. Santorcas, dejando mudos a los que le escuchan, señala que hay una voluntad superior a la del rey.

¿Dicen ustedes que nadie manda más que el rey? Y si todos los españoles dijeran a una voz: "Queremos ésto, señor rey: nos da la gana de hacer esto", ¿qué haría el rey? (I, 522).

La importancia de "todos los españoles" está ligada en Galdós con su concepto de la Historia —ésta no ha de ser la de los reyes, ministros, ni generales, sino la del pueblo, la de las masas anónimas. Tal es para Galdós la verdadera historia, muy parecida a lo que más tarde llamase Unamuno *intrahistoria*.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Galdós vuelve a tratar de "la historia del vivir colectivo . . . , la historia grande, integral" en *Bojar Reales* (II, 287) y aún en más detalle al tratar de la historia en sus *Memorias* don José García Fajardo, protagonista autobiográfico de la cuarta serie, en *Las tormentas del 48* (II, 1372). Carlos Clavería ha tratado el tema de la *intrahistoria* en Galdós en una conferencia leída ante un grupo de la *Modern Language Association*, y publicada en la *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, XDK (1957), págs. 170-177.

¿Y por qué no? ¿Por qué hemos de ver la Historia en los bárbaros fusilazos de algunos militares de hombres que se mueven como máquinas a impulsos de una ambición superior, y no hemos de verla en las ideas y en los sentimientos de ese joven oscuro? [Gabriel Araceli]. Si en la Historia no hubiera más que batallas; si sus únicos actores fueran las personas célebres, ¡cuán pequeña sería! Está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno. En ella nada es indigno de la narración, así como en la Naturaleza no es menos digno de estudio el olvidado insecto que la incomensurable arquitectura de los mundos.

Los libros que forman la capa papirácea de este siglo, como dijo un sabio, nos vuelven locos con su mucho hablar de los grandes hombres, de si hicieron esto o lo otro, o dijeron tal o cual cosa. Sabemos por ellos las acciones culminantes, que siempre son batallas, carnicerías horrendas o empalagosos cuentos de reyes y dinastías, que agitan al mundo con sus riñas o con sus casamientos, y, entre tanto, *la vida interna* [subrayamos nosotros] permanece oscura, olvidada, sepultada. Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letreros ni cruces ni signo alguno; de las personas no hay memoria, y sólo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes. . . Pero la posteridad quiere registrarlo todo: excava, revuelve, escudriña, interroga los olvidados huesos sin nombres; no se contenta con saber de memoria todas las picardías de los inmortales desde César hasta Napoleón; y deseando ahondar lo pasado, quiere hacer revivir ante sí a otros grandes actores del drama de la vida, a aquellos para quienes todas las lenguas tienen un vago nombre, y la nuestra llama *Fulano y Mengano*. (I, 1199).

A partir de la tercera serie cuenta Galdós la guerra civil española, los altibajos políticos, el caos que caracterizan el reinado de Isabel II. En la cuarta serie, Galdós se sirve de las narraciones autobiográficas de don José García Fajardo para contar los hechos. Ya ha pasado España en esta época por infinitas desilusiones y al léxico ha de añadirse el uso despectivo de *patriotero*.<sup>9</sup> El sentimiento puro, inocente, arrollador que sintiera Gabriel Araceli en *Cádiz* se ha trocado en *La revolución de julio* en otro harto distinto, el de los "patriotas de oficio" que acuden adonde hay tumulto y bullanga por la Libertad o la Constitución, aunque ninguno sepa cuál de las que tenemos está vigente; (III, 64) es decir, los que pertenecen a la familia *patriotera*.

*Aita Tettauén*, escrito entre 1904 y 1905, cuenta la campaña española contra el *infiel marroquí* causada por fuertes sentimientos patrióticos popu-

<sup>9</sup> Martín Alonso, *loc. cit.*

lares atizados hábilmente por la política de O'Donnell con el fin de crear una falsa calma interna donde sólo había desconcierto y disensión. Una vez más contrapone Galdós ambos polos del amor por la patria; al ciego y efusivo de Halconero opone el del viejo Ansúrez, no menos patriota pero sí más sabio en ver la maniobra de O'Donnell y en darse cuenta que la guerra será dura. Añade a esto una reflexión sobre las guerras africanas:

.Y es que el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Qüiten un poco de religión, otro poco de lengua, y el parentesco y aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con disfraz de cristianos? (III, 226).

En casa de Ansúrez se comenta largamente la inminente guerra expresando éste el gran placer que siente al saber que por fin dejarán los españoles de pelear entre sí e irse a pelear contra otros. Don Bruno Carrasco, otro de los contertulios, ve en la declaración de guerra una señal del *progreso* político de España. La técnica que Galdós usa aquí es la misma a la cual he aludido anteriormente. Presenta los juicios que se oyeran en esas épocas, los pone en boca de sus personajes imaginarios y procede a ponerles en ridículo. En la siguiente cita se burla del falso patriotismo, del honor, de las glorias pasadas.

Puesta a un lado la flauta, cogió Santiuste el cornetín y tocó estas cláusulas vibrantes:

—El ideal de la patria se sobrepone a todos los ideales cuando el honor de la nación está en peligro. Puede la nación vivir sin riquezas, sin paz y aun privada de los bienes del progreso puede vivir; pero sin honor nunca vivirá. O lava con sangre los ultrajes hechos a su nombre y representación o arrastrará una existencia de vilipendio, despreciada de todo el mundo.

Así siguió un rato; pero como no hiciera su música el efecto que buscaba, soltó el cornetín, cogió la trompa y, soplando en ella con toda su fuerza, produjo estos bélicos sonidos:

—¡Qué gloria ver resucitado en nuestra época el soldado de Castilla, el castellano Cid, verle junto a nosotros, y tocar con nuestra mano la suya, y poder abrazarle y bendecirle en la realidad, no en libros y papeles! Reviven en la edad presente las pasadas. Vemos en manos del valiente O'Donnell la cruz de Las Navas, y en las manos de los otros caudillos la espada de Cortés, el mandoble de Pizarro y el bastón glorioso del Gran Capitán. Las sombras augustas del emperador Carlos V. y del gran Cisneros nos hablan desde los negros muros de Túnez y de Orán. (III, 232).

No basta esto a Galdós que quiere desahogar su propia amargura patriótica haciendo ver al pueblo español sus errores pasados no menos repetidos en el presente. Vuelve a arremeter contra todos los españoles, los de arriba y los de abajo, desde la reina Isabel en quien critica la “mezcla de fe religiosa, de locura caballeresca y de gallarda superstición” y quien apoya una santa guerra, a sus ministros, a los curas, a las madres españolas, a los cesantes y muertos de hambre que con gusto darían su última pitanza para los soldados que iban a luchar por la gloria de España. Repite Galdós que el agravio no era de los que requieren reparaciones de sangre y subraya que O'Donnell, imitando a Napoleón III, “buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles a la acción política.”<sup>10</sup> (III, 236).

Cambia la escena a Africa y Galdós nos revela un cuadro horroroso de guerra donde ambos contendientes sufren igualmente y mueren defendiendo el honor de sus respectivas patrias.

Por ésta caían en el hoyo, como los musulmanes perecían también por el honor de la suya, juntándose debajo de la tierra los dos honores, que en la descomposición de la carne quedarían reducidos a un honor solo. (III, 247-48).

Poco después en una conversación entre dos soldados—el uno Santiuste, poeta y soñador; el otro Perico, hombre práctico—sale a relucir en boca de aquél la ley soberana que dice: “no matar”. Santiuste siente igual piedad ante el muerto ya sea moro o español, y jura no luchar, no matar, aunque le desprecien los suyos. Perico deja entrever en su respuesta que no siempre puede dejarse uno regir por tan altos ideales y se muestra partidario gustoso del *carpe diem*.

Cierto, Juan, que llevamos dentro el principio; y que este principio asoma la cabeza cuando menos lo pensamos, no lo puedo negar; pero luego salen los hechos, la historia, el concepto de patria y de nación, y aquel principio vuelve a meterse para dentro y se agazapa en el fondo del alma, donde vivirá esperando que pasen los veinticuatro siglos . . . Te confieso ingenuamente que ante los cadáveres moros veo la Humanidad; pero ante los moros vivos, que brincando y aullando vienen contra nosotros, veo las razas, el cristianismo y Mahoma frente a frente . . . Celebro, pues, con toda el alma que nuestros soldados les maten, único medio de impedir que ellos nos maten a nosotros . . . Ahora tomemos café, Juan, y luego te voy a dar un cigarro habano, que ha de saberte a gloria . . . (III,255)

---

<sup>10</sup> Se suceden las descripciones del infantil patriotismo del pueblo al ir a despedir a los soldados y, más tarde, al comentar en los cafés con fe ciega y efusiva las indudables victorias españolas. Véanse III, 242, 243, 245, 246.

Y luego captando el horroroso espectáculo de muertos esparcidos por el campo de batalla el poeta Santiuste piensa de nuevo en los sangrientos resultados de una guerra por el honor.

Las dos patrias, las dos religiones, semejantes, en aquel empeño de honor, a las antiguas divinidades iracundas que no se aplacaban sino con holocaustos de sangre, ya podían estar satisfechas. Y los muertos, el sínfin de hombres sacrificados en el ara sacrosanta, ¿qué pensarían de aquel furor con que los degollaban como carneros para que desarrugase el ceño la diosa implacable... ¿Será verdad que la diosa cuando bebe mucha sangre se pone muy contenta, y en su seno acoge con amor a las innumerables víctimas de la guerra? Así por lo menos se dice en todas las odas que consagran los poetas a cantar batallas. (III. 262)

Galdós narra toda una parte de esta historia desde el punto de vista de El Nasiry dando así a entender los sentimientos patrios de los africanos. Es un detalle curioso que El Nasiry mencione a los judíos marroquíes diciendo de ellos que "o no tienen ninguna patria o tienen dos, la que ahora les alberga y la tradicional: ésta es España". (III, 294). Esto es verdad respecto de los judíos sefardíes mas no de la rama ashkenazi que en su diáspora fue a parar al norte de Europa y habla un dialecto del alemán, el Yiddish, y no el ladino. Ambas ramas asimismo permanecieron fieles a una patria, la bíblica, que no llega a ser nación hasta nuestro siglo, en 1948. Ernest Renan en su lúcido ensayo "Qu'est-ce qu'une Nation,"<sup>11</sup> cita también el caso del pueblo judío como nación, por mantener su "esprit spirituel" de nación a pesar de estar desperdigado por el universo y tener lealtad también a la nación que le cobija. En el caso de España Galdós tampoco pone en duda ni por un momento que deje de existir España como nación. Lo dice en *Zaragoza* cuando luchan entre sí los españoles y amenazan los franceses con conquistar lo que Galdós llama "esta casa de locos". En aquel momento profetiza lo siguiente:

Hombres de poco seso, o sin ninguno en ocasiones, los españoles darán mil caídas, hoy como siempre, tropezando y levantándose, en la lucha de sus vicios ingénitos, de las cualidades eminentes que aún conservan y de las que adquieren lentamente con las ideas que les envía la Europa central. Grandes subidas y bajadas, grandes asombros y sorpresas, aparentes muertes y resurrecciones prodigiosas reserva la Providencia a esta gente, porque su destino es poder vivir en la agitación como la salamandra en el fuego; pero su permanencia nacional está y estará siempre asegurada. (I, 759)

Hasta ahora los críticos galdosianos han comentado el Galdós post-romántico, costumbrista-realista, hasta naturalista de vez en cuando, el Galdós

<sup>11</sup> *Oeuvres complètes*. Paris: Calmann-Lévy, 1947. I, págs. 887-906.

tolstoiano de *Nazarín*, de *Angel Guerra*, y otras de sus últimas obras. Sin embargo, poca atención se ha prestado al Galdós noventayochista, al que cabe perfectamente dentro de ciertas categorías que se han establecido para los del '98. Y una de ellas, quizá la principal, para algunos por lo menos, es la reacción ante los males de la patria; es el reconocimiento patente de que España ha caído en mortífera decadencia y, al mismo tiempo, el profundo sentimiento de que ese lastimoso estado tiene forzosamente que cambiar y que sólo los españoles mismos pueden y deben hacerlo, tomando del pasado esos elementos innatos que les llevaron a la grandeza, mirando hacia el futuro, y trabajando porque se realice ese futuro. La decadencia es tema que se encuentra a través de todo el siglo XIX e incluso, naturalmente, en la llamada generación del '68, en la cual se incluye a Galdós. No olvidemos, sin embargo, que en su producción de medio siglo hay progresiones y transformaciones. Una de éstas, la de sus relaciones ideológicas y artísticas con los del '98, merece estudiarse más a fondo. Aunque no con los primores de estilo de la generación que le sigue, no olvidemos cuán grande es el amor de Galdós no sólo por el paisaje de Madrid, de Castilla, sino por el de toda España. Ha dejado inolvidables páginas en ciertas novelas, como *Angel Guerra*, *Nazarín*, aún en la ficticia Orbijosa. No es este el lugar para estudiar cómo varía la técnica novelística de Galdós en los Episodios. Basta para nuestros propósitos apuntar que a partir de la tercera serie, a medida que Galdós se acerca más a sus propios tiempos, los Episodios se hacen más y más novelescos, tanto así que en la última serie el protagonista Tito, guiado por una musa histórica, la Madre, o a veces, doña Mariana, o Mariclió, es transportado de lugar en lugar como por arte de magia. Ha llegado Galdós a verter en estos Episodios su gran imaginación y ya ni intenta meterlos dentro de un marco real, causal. Lo que importa es narrar los hechos y no de una manera puramente histórica sino de una forma *simbólica y moral*, enseñando a la vez que narra. En esto radica el secreto de los Episodios, no en su *historicidad*, ni tampoco en su esencia histórico-costumbrista como apunta Gaspar Gómez de la Serna.<sup>11</sup> Verdad es que Galdós construye sus Episodios alrededor de hazañas importantes de la historia de España, como vemos por su titulación; es indudable "la escasa dimensión psicológica de los personajes, tanto históricos como novelescos, cuya medida está tomada desde el punto de vista de la explicación, ambientación y narración del hecho histórico, y no desde el de la presentación de sus propios caracteres".<sup>12</sup> Y, sin embargo, es injusto calificar a Galdós de tratar sólo la *historia externa* de España y de excluir en él la *intrahistoria*.<sup>13</sup> Nadie refutaría que al tratar la historia

<sup>11</sup> Gaspar Gómez de la Serna, *España en sus Episodios Nacionales*. Madrid: Ediciones del Movimiento, 1954, pág. 38. Los artículos que citamos a continuación tienen que ver mayormente con el aspecto histórico de los Episodios, Carlos Vázquez Arjona, "Cotejo Histórico de cinco Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós," *Revue hispanique*, LXVIII, no. 154 (1926), págs. 321-550; "Un Episodio Nacional de Benito Pérez Galdós: El 19 de marzo y el 2 de mayo," *Bulletin hispanique*, XXXIII, no. 1 (1931), págs. 116-139; "Un Episodio Nacional de Galdós: Bailín," *Bulletin of Spanish Studies*, IX, no. 34 (1932), págs. 116-125; G. Bouszagol, "Sources et Composition du *Zumalacárregui*," *Bulletin hispanique*, XXXVI, no. 3 (1924), págs. 241-264; Rafael Salillas, *En las corrientes de Cádiz*. Madrid: Sucesores de Herrando, 1910; y L. Louis Lande, "Le roman patriotique en Espagne," *Revue des Deux Mondes*, XLVI (1876), págs. 935-945.

<sup>12</sup> Gaspar Gómez de la Serna, *op. cit.* págs. 48-49.

<sup>13</sup> *Ibid.* pág. 55

Galdós se concentra en los *sucesos*, mas el lector de los Episodios no puede dejar de observar—aún en la primera serie—que al mismo tiempo hay una *valorización* de esos sucesos. Y la técnica que usa Galdós la hemos mencionado más arriba: es el juego de contrastes en la presentación de los hechos, unido al tono irónico y moralizador que refuerza la lección que el autor quiere dar. El candor picaresco de Araceli, su idealismo, la simpatía que inspira, no se repiten en los protagonistas que le siguen, los cuales se van haciendo más y más mediocres a medida que Galdós se vuelve más y más agrio en la narración de los hechos. Y de ahí que los más exacerbados sean los últimos, donde narra los principios de la Restauración y donde es muy aparente el Galdós que escribe después del desastre del '98 y en época en que se respira el regeneracionismo costiano.

Al despedirse del pueblo español en los últimos renglones de *Cdnovas* (1912) Galdós pone en boca de la Madre palabras que anuncian la lucha que será necesaria para sacar a la nación de la ociosa y enfermiza laxitud en que está estancada.

*Los tiempos bobos* que te anuncié has de verlos desarrollarse en años y lustros de atonía, de lenta parálisis que os llevará a la consunción y a la muerte.

Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose hipócritas en dos bandos igualmente dinásticos e igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y detejer la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No harán nada fecundo; no crearán una nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y, por último, hijo mío, verás si vives que acabarán de poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil, y hasta la independencia nacional en manos de los que llamáis vuestra Santa Madre Iglesia.

Alarmante es la palabra revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu nación. Declaraos revolucionarios, díscolos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en la realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no vengáis a la muerte, no os ocupéis de Mariclió... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro... me duermo... (III, 1363)

Y para que no quepa duda de la cualidad moral e instructiva que se desgaña de los Episodios sólo es menester examinar los documentos políticos que escribió Galdós en 1907 dando las razones de su ingreso en el partido republicano y poco después en 1909 protestando contra la política de Maura. Y ¿qué es lo que le hace dejar el "recogimiento del taller" y lanzarse a "la plaza pública"?<sup>10</sup> Pues no es otra cosa sino el *patriotismo* lo que le hace pronunciar: "Despreciemos las vanas modas que quieren mantenernos en una indolencia fatalista; restablezcamos los sublimes conceptos de Fe nacional, Amor patrio y Conciencia pública, y sean nuevamente bandera de los seres viriles frente a los anémicos y encanijados."<sup>11</sup>

Tanto esto como lo que sigue se encuentra en los ensayos de Unamuno recogidos en *Torno al casticismo*.

Es ya una vergüenza no ser europeos más que por la geografía, por la ópera italiana y por el uso desenfrenado de los automóviles.<sup>12</sup>

Vuelve a hablar Galdós como lo hiciera en *Aita Tettauen*<sup>13</sup>, sobre la guerra y el honor, concluyendo que España no está en condiciones de arriesgar su futuro, el *bienestar* de la Nación por falsos heroísmos. Clama Galdós por el *progreso* y no el de unos cuantos, sino el de la Nación entera. Hay algo de retórica vacua y no poca exageración en estos escritos de Galdós, pero es ineludible, como lo es asimismo en su última novela, *El caballero encantado* (1915), que la receta que Galdós da a España es incorporar la chispa innata y creadora que antaño hiciera poderosa a España con buena medida de trabajo por el bien común. No rigen ya los sentimientos patriotereros ni el falso patriotismo, sino como dijo Rafael Altamira hablando del nuevo sentimiento de la patria en el siglo XX:

... pretende trasladar el ideal de la Historia desde la dominación a la utilidad; desde la guerra a la cultura; desde la imposición al beneficio común; y así como antes importaba, muy especialmente, probar en cuanto domina y vence una nación a las otras—su valor, su fortuna, el triunfo de sus armas, todo el ideal de la vida antigua—, importa ahora saber lo que hace o ha hecho por la civilización, lo que le debe el progreso del mundo, lo que ha trabajado para perfeccionarse a sí propia, para aprovechar sus fuerzas naturales y sus condiciones de vida, en beneficio de las necesidades de sus ciudadanos y de la sociedad entera."

Pues así también Galdós escribe antes:

<sup>10</sup> Estos escritos, publicados originalmente en periódicos de la época, han sido recogidos por Arturo Capdevila, *El pensamiento vivo de Galdós*, Buenos Aires: Editorial Losada, 1944, págs. 222-238.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 223.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 225.

<sup>13</sup> Véase el interesante libro de Tomás García Figueras donde aparece un capítulo sobre esta novela. *La guerra de África de nuestros abuelos*. Madrid: C. S. I. C., 1962.

<sup>14</sup> Rafael Altamira, *Epítome de historia de España*. Madrid: Ediciones de La Lectura, 1927. pág. 16.

Mi patriotismo ardiente, quizás por demasiado ardiente algo candoroso, me encariña con el amaneramiento artístico del león furibundo, arrimado a las faldas de la gloriosa Divinidad patria. Me encantan estas cosas viejas, representativas de sentimientos que laten en nosotros desde la infancia. La presencia del arrogante escudero de nuestra Madre nos embelesa de admiración y fortifica el amor inmenso que le profesamos. A él nos dirigimos, y con voces de emoción fraternal le decimos:

“Conserva en todo momento, león mío, tu dignidad y tu fiereza. Cuidate de inspirar respeto siempre y el santo miedo cuando sea menester. Tú que fuiste siempre el emblema del valor, de la realeza, de la gloria militar y de la gloria artística; tú que fuiste el Cid, el Fuero Juzgo, la Reconquista, Cervantes, la espada y las letras, no olvides que en el giro de los tiempos has venido a ser la ciudadanía, los derechos del pueblo, el equilibrio de los poderes que constituyen la Nación. No te resignes en ningún caso a ser león de circo, ni te dejes someter por el hambre y los golpes, dentro de una jaula, a ejercicios de mentirosa fiereza que sólo conducen al aplauso y provecho de tus audaces domadores. Considera, león mío, que no sólo eres hoy emblema de la ciudadanía, sino del trabajo. Eres fuerza creadora de riqueza, colaborador en la grande faena del bienestar universal, eres la cultura de todos, la vida fácil de los humildes, la serenidad de las conciencias, y, bien penetrado de tu misión presente, destroza sin piedad a los que quieren apartarte del cumplimiento de tus altos fines”.”

Y para concluir quisiéramos sugerir que el patriotismo de Galdós no cambia esencialmente desde que comienza a escribir hasta que, ya ciego, medio siglo después, deja de dictar sus últimas obras. En cierto modo no son estos últimos escritos políticos que he aducido los que revelan al Galdós patriota sino el conjunto total de sus obras. El patriotismo de Galdós radica, pues, en su intento de captar el verdadero *ethos* español y esto lo hace mezclando en su paleta literaria el amor por las ciudades y campos de España; por sus personajes—buenos y malos, locos y cuerdos, prácticos y soñadores—; por la lengua castellana cuyos múltiples matices trata de captar fielmente; por su afán de novelizar los hechos históricos para así divertir y enseñar a la vez; finalmente, por su fe en España y en los españoles, profetizando que han de andar largo trecho antes de salir del cieno y entrar en la vereda del progreso.

Princeton mayo de 1962.

---

\* Arturo Capdevila, *op. cit.* págs. 235-236.